

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

# **“El rol de los empresarios en el debate sobre el ‘truncado’ desarrollo argentino” .**

Leandro Sowter.

Cita:

Leandro Sowter (2011). *“El rol de los empresarios en el debate sobre el ‘truncado’ desarrollo argentino”*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/418>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **IX JORNADAS DE SOCIOLOGÍA DE LA UBA: “Capitalismo del siglo XXI. Crisis y reconfiguraciones. Luces y sombras”. Agosto 2011**

### **MESA 35 “La sociología económica hoy”**

#### **EJE 5: “Estado y empresarios en los procesos de desarrollo”**

**Título de la ponencia:** *“Profundizando la matriz estructuralista: actores sociales, modelos de desarrollo y crisis hegemónica en la explicación de la evolución económica argentina”*

**Leandro Sowter**

**Becario doctoral CONICET-UNSAM-IDAES<sup>1</sup>**

**leandrosowter@yahoo.com.ar**

#### **RESUMEN**

El trabajo busca profundizar en cierta producción académica (en gran medida dominante durante la mayor parte del siglo XX) sobre el problema del desarrollo argentino a partir de cómo ciertos autores conceptualizaron la relación empresarios - “modelos de desarrollo”. Así, se avanza en la caracterización de una tradición de pensamiento, que llamamos “matriz estructuralista”, y se muestra cómo las distintas hipótesis de los autores fueron delineando sus contornos, y a la vez fueron cambiando en función de los debates de ciertos estudios empíricos. Esquemáticamente, se sostendrá que esta matriz puso el acento en el rol cumplido por los empresarios en el proceso de desarrollo y que, en general, tuvieron un rol francamente negativo.

De esta manera, el trabajo se centra en una cuestión poco abordada y que se considera clave para entender las distintas perspectivas sobre el derrotero del desarrollo argentino: el rol cumplido por los actores políticos y socioeconómicos (elites político estatales y empresarios rurales e industriales). En este sentido, se resalta una dimensión clave: la conceptualización acerca de los conflictos entre los actores sociales en general (y el empresariado en particular), y el Estado. También se pondrá de relieve la preeminencia que adquirió el debate político ideológico, y no meramente técnico u orientado hacia la resolución de problemas, en la conformación de esta tradición de pensamiento acerca del desarrollo argentino.

**Palabras clave:** actores sociales, empresarios, Estado, modo/modelos de desarrollo, conflictos.

#### **Introducción**

La historia argentina es, en gran medida, la historia de su “desarrollo”, y, más precisamente, la historia del conflicto en torno al mismo. Su estudio durante el siglo XX ha recibido una gran cantidad de aportes desde diferentes enfoques, pero si hay algo que comparten gran parte de ellos es la necesidad de explicar la trayectoria económica y sociopolítica, caracterizada a menudo como “cíclica”, “conflictiva”, “errática” u “oscilante”.

Ahora bien, desde sus inicios la discusión sobre el desarrollo argentino estuvo signada, implícita o explícitamente, por el rol que los actores debían cumplir. Tal vez

---

<sup>1</sup> Bajo la dirección de la Dra. Paula Canelo y la co-dirección de la Dra. Ana Castellani.

a causa de ello es que los debates en torno a las posibilidades de que la Argentina se acerque a los países desarrollados tuvo siempre una fuerte dimensión política. Después de todo, ¿quién era el sujeto histórico más apto para llevar a cabo semejante proceso de transformación estructural? ¿Los terratenientes, los industriales, la clase obrera, el Estado?

En estas discusiones se intentó poner en evidencia la relación entre los “modelos de desarrollo” y los actores socioeconómicos que los impulsan<sup>2</sup>. Es decir, en tanto se suponía que hay una “evolución” desde un sistema agropecuario-tradicional a uno industrial-moderno, esto debía corresponderse con un tipo determinado de actores que liderarían dicho proceso, por ejemplo: terratenientes e industriales.

Así, la discusión en torno al desarrollo durante la mayor parte del siglo XX estuvo dominada por las bondades del modo agroexportador vs. industrial y el rol dinámico o no que cumplieron los actores empresariales. En gran parte, los autores que participaron de estas discusiones se posicionaron a favor o en contra de un modelo u otro.

En parte, por ello se ha buscado en el pasado lo que estuvo mal, para luego distribuir responsabilidades entre los distintos actores. No está de más tomar nota de que muchas veces los mismos autores han quedado envueltos en las diatribas de los actores, asumiendo incluso sus propios discursos.

Aunque muy simplificada y esquemáticamente, plantear la discusión en estos términos permite poner de relieve la preeminencia que adquirió el debate político ideológico, y no meramente técnico u orientado hacia la resolución de problemas. Como veremos, se percibía que lo que estaba en juego era mucho más que un debate “académico”: la discusión de fondo era el modelo de país y los actores “necesarios” para llevarlo a cabo.

De esta manera, se puede sostener la hipótesis de que la mayor parte de la bibliografía sobre el desarrollo producida a lo largo del siglo pasado puede entenderse a partir de cómo se conceptualizó el rol de los distintos actores.

En el caso argentino se puede constatar fácilmente, y en general hay acuerdo entre los estudiosos, en que el proceso de transformación provocado por la industrialización generó grandes conflictos entre los actores sociales y entre éstos y el Estado. Sin embargo, los distintos autores están lejos de ponerse de acuerdo acerca de las causas que alimentaron dichos conflictos y sus consecuencias concretas sobre las políticas estatales, los organismos del Estado y el desarrollo económico general del país.

Así, en tanto el debate acerca de las causas que marcaron el derrotero del desarrollo argentino estuvo signado por la controversia acerca de cuáles serían los actores “necesarios” y cuáles son los que habrían limitado el desarrollo económico; los estudiosos se abocaron a estudiar de qué forma las actitudes y valores de distintos tipos de actores, enmarcados en distintas estructuras socioeconómicas (campo-ciudad, agro-industria), determinaron sus comportamientos y, especialmente, sus acciones orientadas hacia el Estado en demanda de políticas económicas acorde a sus valores e intereses.

---

<sup>2</sup> En este trabajo distinguimos dos conceptos: modelo de desarrollo y modo de desarrollo. El primero, alude al conjunto de políticas que proyectan un determinado régimen económico-social-institucional el cual reconoce en la necesidad de desplegar la potencialidad productiva de ciertas ramas económicas (agropecuarias, industriales y/o comerciales y servicios), la clave para cumplir los objetivos de autorrealización de la sociedad. Esto conlleva a su vez el reconocimiento de un determinado patrón de intervención estatal y de áreas económicas dinámicas que deben estimularse para el cumplimiento de aquellos objetivos. El “modo de desarrollo” refiere al conjunto de variables que efectivamente hacen al régimen económico-social-institucional de desarrollo vigente en un lugar y momento dado.

De esta manera quedó establecido un esquema de inteligibilidad de la historia argentina que analiza los determinantes del desarrollo económico: según qué tipo de actor demandara determinado patrón de intervención económica estatal, ello podría derivar en el fracaso o en pasar al “primer mundo”.

En este trabajo se busca profundizar sobre algunas de las principales hipótesis de una tradición de investigación clave en la producción bibliográfica argentina durante el siglo XX. La misma postula que el tipo de desarrollo (industrial) “trunco” se explica a través de una vinculación entre el orden social, en particular la cuestión de la hegemonía dentro de la sociedad, y la estructura económica y social. A falta de un mejor nombre, y de ser poco originales, denominaremos esta perspectiva “estructuralista”<sup>3</sup>.

Esta tradición, formó una verdadera matriz de pensamiento. En este trabajo, se la presenta como un modelo, frente al cual los autores se acercan en mayor o menor medida y aportan, en un sentido u otro, a delinear sus contornos. Ello implica, por un lado, que ningún autor en su totalidad se identifica con dicha matriz; y, por otro lado, que no todos los autores estén presentes en este trabajo. Estas indagaciones tienen por fin mostrar cómo las distintas conceptualizaciones acerca del rol cumplido por los actores sociales se vuelven la clave a partir de la cual los autores articulan sus explicaciones acerca del desarrollo económico argentino.

### **Antecedentes**

Ya en el siglo XIX la problemática del “progreso” fue planteada por las elites gobernantes, y sus intelectuales orgánicos, como la superación de una situación de atraso que era necesario enterrar. La posibilidad de avanzar en el sentido que lo habían hecho las naciones “civilizadas” implicaba la superación de un pasado, un legado, que estaría definido –según la clásica formulación sarmientina–, por la “barbarie”. Ello implicaba que habían determinados actores que propenderían el desarrollo, mientras que otros lo retrasarían. Esta potente imagen se mantendría aún en perspectivas que renegaron de este diagnóstico.

El período 1880-1930 se revela como uno en donde existió un notable consenso en torno al modelo de desarrollo económico y, por lo tanto, sobre la pauta de intervención económica del Estado. De todas maneras, durante la etapa de auge del modelo agroexportador existieron algunas voces disonantes que bregaban por modificaciones parciales al modelo<sup>4</sup>. Pero no fue sino hasta la crisis de 1930 que dichas voces encontraron eco. En rigor, ya en la primera posguerra había comenzado a discutirse los límites de este modelo. Por ejemplo, Alejandro Bunge y su grupo, nucleados en la *Revista de Economía Argentina (REA)*, había comenzado a cuestionar la vulnerabilidad de la economía agroexportadora y argumentó en favor del desarrollo industrial.

Tal como destaca Belini (2006), Bunge “se convirtió en el crítico local más agudo del liberalismo económico, diagnosticando, a principios de la década de 1920, que la Argentina había concluido una etapa de su historia económica caracterizada por la producción agraria extensiva y el ingreso masivo de inmigrantes y capitales

---

<sup>3</sup> Este término comprende el llamado estructuralismo latinoamericano, cepalino, pero también va más allá, y abarca autores que responden a otras tradiciones. No obstante, como esperamos mostrar, todos los autores que se analizarán comparten ciertas hipótesis básicas respecto de la relación entre actores y desarrollo y los diferencian de otra matriz interpretativa que en otra oportunidad hemos llamado “institucionalista” (Sowter, 2010), en la que englobamos autores que parten, en la mayoría de los casos, de un enfoque neoclásico.

<sup>4</sup> Por ejemplo, de 1890 a 1905 hubieron fuertes debates en torno al nivel “adecuado” de barreras aduaneras y la mayor o menor protección que tendrían las actividades industriales. Véase Gallo (1998) y Rocchi (1998).

extranjeros. El estancamiento de la producción agropecuaria y la desaceleración del crecimiento del comercio mundial desaconsejaban continuar con esa orientación” (2006: 30). La salida propuesta para tal atolladero consistía en diversificar la economía, protegerla de la competencia de los países industriales y desarrollar la propia industria.

Así, ya en la etapa del auge agroexportador existieron debates por el perfil productivo, el proteccionismo y el papel de la industria. Korol y Sábato, destacan que los efectos de la crisis de 1930 “estimularía a políticos y ensayistas a incorporar de lleno la cuestión del desarrollo industrial del país a la agenda de discusión (...). Pensadores y ensayistas comienzan a buscar en la etapa anterior al treinta las causas de lo que empieza a vivirse cada vez más como el inicio de la decadencia argentina. Desde distintas perspectivas teóricas e ideológicas se coincide en la crítica al país agropecuario que, aceptando su papel de socio menor de Gran Bretaña en el mercado internacional, habría resignado toda posibilidad de desarrollo industrial” (1997: 12).

Sin embargo, la prédica pro industrial llevada a cabo por Bunge y su grupo no haría mella en la política oficial sino hasta luego de la crisis de 1930, la cual abrió un contexto que habilitó una mayor permeabilidad al debate. Así, las demandas de los sectores industriales y las posiciones político-ideológicas de militares y sectores nacionalistas en general, lograron una mayor incidencia en sus propuestas para apuntalar el desarrollo industrial de forma más activa.

Pero desde 1930, y en particular desde 1940, el debate acerca del modelo de desarrollo, y de la conveniencia de que el Estado oriente en un sentido u otro la economía del país, no se dio en el vacío ni fue una discusión meramente académica. Por el contrario, y más allá de la intencionalidad política-partidaria que pudieran tener, las distintas perspectivas de los autores estuvieron teñidas por este contexto de politización y polarización. En este sentido, las visiones que se desplegaron hacia el pasado buscaron responsabilidades y antecedentes que explicaran aquel presente marcado por lo que se creía un conflicto entre un pasado tradicional y un futuro de modernización.

Esta breve introducción histórica debe servir sólo para poner de relieve que la discusión acerca del desarrollo argentino estuvo atravesada desde un comienzo por una discusión político ideológica cuyo núcleo fue un cuestionamiento por el rol que los actores sociales que debían liderar el proceso de cambio. Hacia mediados de la década de 1940, luego del crítico período de la década de 1930 —y con la emergencia de nuevos actores cuyos intereses implicaban una rediscusión acerca de la pauta de intervención estatal que define un determinado modelo de desarrollo— comienza a delinearse un proyecto político que, más allá de que realmente implementara un cambio estructural, articuló un discurso que abogaba por una transformación del modelo de desarrollo en un sentido industrial. No fueron pocos los actores que creyeron en la “sinceridad” de este proyecto de “cambio”, algunos promoviéndolo y otros repudiándolo.

En este sentido, el proyecto peronista implicó un hito en la medida que después de él, la discusión acerca del modelo de desarrollo adquirió nuevos contornos y definiciones respecto de cómo se pensó que los actores promovían el desarrollo o lo retrasaban. Esto implicó un “enroque” sociopolítico: si en la etapa del modelo agroexportador los terratenientes y productores agrarios tenían un rol clave en la generación de la riqueza del país y los demás actores (industriales y trabajadores) debían subordinarse a su hegemonía; ahora, la situación debía ser exactamente la contraria, sumando al Estado como actor clave en una coalición que pretendería ser

la “verdadera” encarnación del “interés nacional” que llevaría al país a su destino de “potencia industrial desarrollada”.

### **La matriz estructuralista, la crisis hegemónica y los obstáculos al desarrollo**

Desde el ámbito académico, y teniendo en cuenta los antecedentes de Bunge, fue en el contexto de la década de 1940 en donde comenzó a pensarse el problema del desarrollo industrial argentino y la “necesidad” de su transformación estructural. A partir de allí se inicia un itinerario en donde se van dibujado distintas imágenes, y se retoman y discuten imágenes anteriores, que luego serían retomadas por otros autores a lo largo del siglo XX. De la misma manera que durante el siglo XIX la generación del '37 y la generación del '80 plantearon el “progreso” en términos de un pasado “bárbaro”, de atraso, que había que enterrar para lograr una sociedad “civilizada”; el proceso de cambio estructural y sociopolítico que se abrió entre 1930 y 1946 daría lugar a un razonamiento parecido pero en sentido inverso: para lograr el desarrollo era necesario enterrar el pasado agroexportador, en especial, quitarles el lugar de privilegio a los sectores sociales rurales, los terratenientes. Sólo así el Estado podría impulsar una decidida industrialización, identificada ésta con el desarrollo.

Así, se van trazando los principales lineamientos de la matriz “estructuralista”. La pregunta que en gran medida da origen y guía la producción académica de esta tradición es ¿por qué Argentina no pudo sostener un desarrollo económico y social? Como dicho proceso ha sido identificado con la industrialización, esta tradición planteó la problemática a partir de las condiciones que la promovieron o la obstaculizaron<sup>5</sup>.

En particular, los autores prestan gran atención al período 1880-1930; porque se supone que el mismo contiene claves explicativas del particular derrotero que siguió la economía argentina posteriormente. Se considera que la vigencia de las características de la economía y la sociedad de ese período condicionarían el desarrollo durante la ISI (1930-1976).

Para entender esta perspectiva desarrollaremos los supuestos y las principales hipótesis bajo los cuales se sostuvo. Más allá de las diferencias al interior de esta tradición, y de los debates a través de los cuales se desarrolló, hay una serie de hipótesis que la caracterizan y que la permiten identificar y diferenciar respecto de otras tradiciones. En primer lugar, pondremos de manifiesto la argumentación general respecto de nuestra problemática y, en segundo lugar, mencionaremos los principales aportes de los distintos autores.

Lo que es común a esta tradición, y lo que constituye su núcleo, es la vinculación entre los actores dominantes y el tipo de modo de desarrollo emergente. Pero dicha relación es analizada en función de un determinado tipo de desarrollo: el industrial. Así, se pueden entender las distintas caracterizaciones a partir de cómo se define el mismo concepto de “desarrollo industrial”. Para esta matriz interpretativa el problema básico es que en el país no existió una elite social capaz de llevar a cabo un verdadero proyecto de desarrollo industrial.

Ello, hubiera requerido de un grupo social que liderara el conjunto social y que fuera capaz de generar un proceso de transformación estructural tal que remueva los obstáculos y limitaciones de un país dependiente y atrasado, es decir, que logre cerrar la brecha con los países centrales industrializados. A través de este proceso se lograría no sólo la transformación estructural y la modernización económica sino

---

<sup>5</sup> En parte por ello, algunos autores afirman que el debate que dominó la historiografía económica del siglo pasado estuvo signado por la “obsesión por la industrialización trunca” (Korol y Sabato, 1997). Acerca de la industrialización como proyecto trunco, ver también Fajnzylber (1983).

que también una mayor autonomía nacional y una mejor distribución del poder en términos de ingresos, educación, seguridad y bienestar social.

Desarrollo – industrialización – transformación estructural, son vistos como una tríada inseparable. Ahora bien, lo que es distintivo de esta perspectiva es la constatación de que una sociedad industrial desarrollada no puede generarse a partir del estado de cosas presente, debido a que se considera que la estructura social y política es inviable para generar un tipo de desarrollo como el deseado. Por ello, el requisito previo consiste en remover los principales obstáculos que lo impiden: los actores sociales ligados al modo de desarrollo agroexportador, que son sus interesados defensores. Y en esto es en donde estaría, para esta matriz, el gran problema a resolver: la persistencia de un modelo que es en sí mismo contrario al desarrollo. En última instancia, la cuestión crucial es que el origen y la continuidad de dicho modelo se explican por la continuidad en el poder de la elite socioeconómica.

Así, se establece una especie de simbiosis entre el modo de desarrollo agroexportador y sus elites económicas: uno no puede vivir sin el otro, se necesitan mutuamente para poder reproducirse. Pero las distintas conceptualizaciones de esta problemática adquirieron diferentes contornos según cada autor. A fin de poner en discusión los autores, y captar sus matices, nos centraremos en algunos de los siguientes ejes y sus relaciones: actores socioeconómicos, orientaciones de los actores, conflictos, Estado, intervención económica estatal y modelos y modos de desarrollo<sup>6</sup>.

Entre la década de 1940 y 1950 algunos autores tendieron a enfatizar las consecuencias negativas de una inserción internacional dependiente basada en la exportación de materias primas. En esta primera imagen la explicación del derrotero económico argentino se centra casi exclusivamente en la dimensión social del proceso económico. En efecto, la consolidación de las características estructurales y el peso relativo de los distintos sectores responsables del desarrollo eran entendidas a partir de factores “externos” a la economía. En este sentido, el poder de los sectores rurales ocupó un lugar central en la explicación ya que, sustentados sobre el monopolio de la tierra, generaron un sistema económico, social y político a la medida de sus propios intereses. El modelo agroexportador implementado por estos actores habría inhibido un desarrollo industrial pleno.

Hacia la década de 1960, se planteó una relación bastante directa modo agroexportador - subdesarrollo, identificando a los terratenientes pampeanos como una clase tradicional, de tipo feudal en algunos casos, que retrasaba el progreso del país. Se consideró que en el período 1880-1930 el desarrollo industrial había sido insuficiente y que dicha insuficiencia se explicaba debido al poder de los terratenientes, que eran caracterizados como retrógradas y contrarios al desarrollo industrial. Ejemplo de esta concepción son autores como Giberti (1954), Ortiz (1955), Bagú (1961), Fuchs (1965), Lebedinsky (1967). Al oponer terratenientes e industriales, estas visiones coincidían con gran parte con la tradición llamada “ensayística”, con autores como Puiggrós, Scalabrini Ortiz y Jauretche<sup>7</sup>.

Si bien, como veremos, esta imagen fue sufriendo modificaciones en la medida que avanzaron las investigaciones empíricas (y) en debate con otras corrientes. Así, fue

---

<sup>6</sup> Ver nota 1.

<sup>7</sup> En la década de 1970 esta imagen se modificó a raíz del avance de investigaciones empíricas (véase Villanueva, 1972) y por la discusión con quienes sostenían una perspectiva basada en premisas neoclásicas. La idea de que en el campo predominaba una economía no moderna con actores y relaciones sociales de tipo feudales, fue progresivamente abandonada.

emergiendo una idea más compleja de las relaciones actores sociales - modo agroexportador. Al constatar que la vinculación entre terratenientes y subdesarrollo no permitía entender la gran expansión del período 1880-1930 (que incluyó crecimiento industrial) algunos conceptos cambiaron.

Pero sin duda fueron autores como Dorfman y Ortiz, entre la década de 1940 y 1950 quienes establecieron algunas de las hipótesis básicas a partir de la cual se instalaría la problemática del no-desarrollo industrial en el país, iniciando así una tradición en el campo académico argentino (Korol y Sábato, 1997).

Para Dorfman (1970 y 1983)<sup>8</sup>, la industria es la base dinámica sobre la que se asienta la economía. Sostiene que si bien Argentina tuvo crecimiento industrial desde principios del siglo XX, el mismo fue en general débil y menor al desarrollo potencial que se hubiera tenido en caso de ser apoyado por el Estado y de contar con un clima propicio. Ello no sucedió básicamente porque predominaban los intereses terratenientes<sup>9</sup> y los industriales eran débiles y/o incapaces para imponer un modelo acorde a sus necesidades.

En una cita ya célebre, Dorfman sostiene que “la industria argentina... (esta) social y políticamente en minoría, carece de la fuerza suficiente para imponer al sector gobernante un punto de vista que responda a sus propias necesidades; al mismo tiempo se debate contra los ataques del industrial europeo y comienzan a preocuparle, muy seriamente, los conflictos con una clase obrera combativa, lectora de Bakunin y Marx. Es un niño que crece entre adultos, un niño nacido fuera de época” (1970: 234). Como se ve, para Dorfman los industriales se unen con los terratenientes no sólo por una mezcla de conveniencia y debilidad propia, sino también por influjo del conflicto de clases.

En cuanto a las políticas estatales, afirma que se adoleció de improvisación, incertidumbre y falta de continuidad en las medidas de fomento, en un “clima antitético a una racional modernización e integración técnica, económica y financiera” (1983: 47). Aún así, la industria tuvo su desarrollo y, a diferencia de Ortiz (1955), sostiene que ello gracias a que los terratenientes no estaban en contra de la industria y que habían fuertes lazos entre ambos. Afirma que “se va generando una suerte de simbiosis entre algunas capas dirigentes de la industria y los propietarios del agro, sea por adquisición de tierras o mediante lazos familiares (...). No es de extrañar, pues, que las primeras manifestaciones de los intereses industriales hubiesen aparecido asociados –y hasta cierto punto diluidos– con los de otros grupos de ‘fuerzas vivas’ del país: el agro y el comercio” (1983: 378-379).

Entre la década de 1950 y la de 1960, de la mano de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) la imagen de un desarrollo inhibido por factores estructurales se hace potente. El diagnóstico partía de la vulnerabilidad externa del período de crecimiento hacia fuera (1880-1930), y ponía de relieve el constante deterioro de los términos de intercambio y la fuerte fluctuación de la demanda de los productos exportables, imprescindibles para sostener el alto coeficiente de importaciones que la ISI demandaba, en especial en su segunda fase, luego de 1950.

La CEPAL constata que luego de 1930 el PBI *per cápita* crece más lento, lo que marca el comienzo del estancamiento argentino. Pero este hecho es visto como

---

<sup>8</sup> La de 1970 es una reedición del original del año 1942.

<sup>9</sup> Dorfman señala que “conviene no olvidar que la clase industrial argentina nace en un ambiente francamente hostil e indiferente, que se desenvuelve en un marco signado por los intereses agropecuarios volcados hacia el exterior y que, en sus albores, la mayoría de los empresarios son inmigrantes, con escasa voz y asidero en el país” (1983: 378).

producto de factores estructurales, en especial la falta de acumulación de capital y la dependencia de los países centrales. En última instancia estos factores están entroncados en la historia del modo agroexportador que, bajo las nuevas condiciones internacionales, se muestra incapaz de asegurar el crecimiento.

En esta visión, la posibilidad de superar las restricciones estructurales era una tarea que dependía por entero del Estado, que en alianza con la burguesía industrial debía oponerse a los sectores tradicionales y los centros industriales del primer mundo. Sólo así se generaría un desarrollo industrial integrado. Una visión negativa de la relación modelo agroexportador - modelo industrial tiñe todo el análisis. Fiszbein sostiene que estos modelos “establecían esa distinción fundamental entre el sector industrial y el sector agropecuario, y reconocían la importancia de la ‘capacidad para importar’ como limitación principal del crecimiento económico” (2008: 7).

Ferrer (1963), consideraba que la única forma de superar las restricciones de una industrialización deforme era mediante una decidida intervención estatal que desarrollara una industria integrada y que avanzara sobre la producción de bienes intermedios y de capital. Según el autor, debido a que los encargados de las políticas económicas luego de la crisis de 1930 no supieron diagnosticar las causas del estancamiento ni proponer soluciones estructurales, el país pagó altos costos al no poder generar los mecanismos que permitieran adecuarse al nuevo contexto internacional y aprovechar sus oportunidades. Al igual que Ortiz, la clase terrateniente es señalada como retrógrada y obstáculo para los cambios estructurales.

En la década de 1960 se profundiza el estudio de los grupos empresarios como clave explicativa del (sub)desarrollo del país. La pregunta que domina en esa época era por qué los industriales no habían podido erigirse en alternativa de poder frente a los terratenientes y llevar al país hacia el desarrollo industrial. Este problema recibió dos tipos de respuestas: debido a la incapacidad o debilidad propia del empresariado industrial para imponer una alternativa al modelo agroexportador; o a causa de la identificación de intereses agrarios e industriales en torno al modelo. Estas respuestas darían lugar a dos formas distintas de entender la relación entre actores y desarrollo. Pero en ambos casos el supuesto es el mismo: se consideraba que industriales y terratenientes pertenecían a dos grupos sociales que “debían” estar enfrentados en torno al modelo desarrollo.

El clásico estudio sobre las elites argentinas de De Imaz (1964), si bien no tuvo como objeto el problema del desarrollo argentino, se inscribió en este marco de preocupaciones. Este autor sostuvo la idea de que los empresarios industriales fueron un grupo con un gran nivel de fragmentación y con muy poca capacidad de incidencia política. Los describe como un grupo subordinado a las actitudes, valores y comportamientos de la elite rural, a la cual busca asimilarse, pero sin pretender reemplazarla. “Faltos de cohesión y sin un marco de referencia propio, a medida que los miembros de la burguesía empresarial han ido ascendiendo en la escala social, terminaron reabsorbidos por las viejas clases altas” (De Imaz, 1964: 160).

De la misma forma, Cúneo (1967), en uno de los estudios más completos sobre los empresarios argentinos, afirma que los grandes empresarios (tanto agrarios como industriales) serían básicamente una clase antinacional que nunca tuvo políticas y conductas acordes con objetivos de desarrollo nacional. Ello se explicaría debido a que sus intereses no dependían del crecimiento del país: estaban asociados a un modelo (agroexportador) centrado en el puerto y hecho a la medida de la gran burguesía. Industriales y terratenientes estaban unidos en torno al modo

agroexportador, contra la clase trabajadora, y nunca dejaron de monopolizar el proceso económico y político, ni aún durante el peronismo.

En parte tomando el aporte de Ferrer (1963) en cuanto a su preocupación por la necesidad de políticas económicas que permitieran suplantar las actividades agropecuarias como motor del desarrollo, Di Tella y Zymelman (1967) argumentaron que “el despegue” de la economía argentina dependía de reasignar la inversión: del sector agropecuario al industrial. Según estos autores la dirigencia del modelo agroexportador había descuidado la industria, generando “la gran demora” en el “despegue” industrial del período 1914-1933. En una palabra, las elites conservadoras, que controlaban el Estado, generaron una demora en el despegue industrial que el país debió haber experimentado con posterioridad a 1914.

Para la tradición de la izquierda nacional, el problema del país seguía siendo el mismo que el de hace un siglo: la persistencia del poder, o el poder de veto, que tenían los sectores terratenientes/agroexportadores y su vinculación con los centros de poder mundial, todo lo cual explicaría el estancamiento económico argentino y su débil y deformada industrialización a partir de 1930. En este sentido se destacaba la falta de una auténtica burguesía industrial que liderara el proceso de transformación económica.

Contra esta visión, escribe Milcíades Peña (1986)<sup>10</sup>, quien busca fundamentar desde el trotskismo que la burguesía industrial argentina jamás podría liderar un proceso de desarrollo importante de las fuerzas productivas. Por lo tanto, el cambio estructural necesario para cimentar las bases del desarrollo no puede esperarse de ninguna de las clases propietarias, sino que dependen del proletariado. Ello es así debido a que en realidad no existía una verdadera burguesía industrial, autónoma y con intereses propios, sino que predominaba una sola y única clase propietaria<sup>11</sup>.

Ello le daría un carácter especial a la burguesía industrial, ya que al nacer en el seno de la misma clase terrateniente, como diferenciación de la misma, heredó sus valores, costumbres y comportamientos, en especial la idea de obtener altas ganancias en corto tiempo a través de la especulación. Esta es una visión novedosa y que rompe con el molde de la época que tendía a identificar una contraposición natural entre industriales y terratenientes, aunque los vestigios de esta idea ya estaban presentes en los trabajos de Dorfman.

Así, Peña da un giro importante a la matriz estructuralista al plantear que la única posibilidad de generar un desarrollo sostenido de las fuerzas productivas está supeditada a “liquidar la vieja formación económica” (1986: 64), pues en países periféricos, donde hay un proceso de “seudointustrialización”, la “estructura económica atrasada y preindustrial (...) ha de ser subvertida para que la industrialización pueda avanzar” (1986: 63). En resumen, la persistencia de la situación de subdesarrollo encuentra su explicación en la persistencia del sistema

---

<sup>10</sup> Esta publicación esta nutrida de sus publicaciones en la revista *Fichas de Investigación Económica y Social* entre abril y diciembre de 1964.

<sup>11</sup> Se ha debatido fuertemente sobre el grado de unidad que Peña atribuyó a estas dos clases y el grado de conflicto que existió entre ambas. Consideramos que la siguiente cita es lo suficientemente clara. “La burguesía industrial ha nacido estrechamente ligada a los terratenientes, como diferenciación en su seno. Ambos sectores, industrial y terrateniente, se entrelazan continuamente, borrando los imprecisos límites que los separa, mediante la capitalización de la renta agraria y la territorialización de la ganancia industrial, que convierte a los terratenientes en industriales y a los industriales en terratenientes” (Peña, 1974: 23). Schvarzer, en discusión con Hora, se encargó de aclarar el concepto de unidad de clases y su relación respecto al carácter del conflicto entre ambas: “Peña (...) tendió a explicar claramente ese concepto y se preocupó en señalar que ‘unidad no es sinónimo de identidad y no excluye las diferencias, los conflictos y los enfrentamientos’ en el seno de ese grupo de poder” (2001: 126). Para una visión distinta a la de estos autores, véase Hora (2001).

social de dominación y la estructura económica tradicional que le es “inherente”. Entonces, para generar un cambio real en el modo de producción, se vuelve condición imprescindible “liquidar” aquel sistema social<sup>12</sup>.

A partir de allí muchos autores, con especial relevancia Schvarzer y Sábato como veremos en seguida, entienden la odisea del desarrollo argentino en clave de *ruptura*. El argumento es el siguiente: el desarrollo implica necesariamente previas transformaciones, profundas y cualitativas, en particular en la estructura social. Como la burguesía argentina está vinculada a un modo dependiente agroexportador, el desarrollo no se puede esperar por la acción de las clases a él ligadas, y por supuesto tampoco del natural desarrollo de las fuerzas del mercado. Sólo puede provenir de la neutralización, marginación o eliminación de dicha clase, facciones de clase o alianza de clase en el poder. Esta ruptura es la precondition sobre la cual se puede montar un proyecto de desarrollo. Para Peña, esto sería lo que demuestra que el único sujeto de dicha transformación es el proletariado.

Como se puede ver, hacia la década de 1970, la visión sobre la clase terrateniente argentina fue modificándose: ya no se piensa en ellas como una clase feudal o retardataria, aunque sí se mantiene la caracterización fuertemente negativa de su comportamiento en relación a las posibilidades del desarrollo industrial.

Así, en esa década se construye una imagen más compleja del agro pampeano (Sabato, 1987), por lo cual deben modificarse en gran medida las hipótesis originales. Estudios empíricos como los de Laclau (1969) y Flichman (1977), enfatizaron la idea de que los grandes terratenientes habían sido a la vez los responsables del avance del capitalismo argentino pero también su principal obstáculo. Ello se desprende de la idea de la “renta diferencial de la tierra”, a través de la cual los terratenientes organizan la explotación extensiva de ese factor basándose en el monopolio que ejercen sobre su propiedad. Debido al control de la tierra y a sus vinculaciones con el mercado y el capital internacional, los terratenientes están en condiciones de apropiarse de la renta de la tierra. Es decir, que acaparan ganancias extraordinarias en condiciones monopólicas, no por su propio esfuerzo e ingenio, sino gracias a las condiciones naturales favorables (fertilidad del suelo pampeano, bajos costos de producción y baja utilización de mano de obra).

Otro tipo de estudios se enfocaron más bien en cómo la estructura económica condicionó la lógica sociopolítica de los actores. En esta misma década, en el marco de una alta conflictividad social y política, se nota una continuidad en la visión que antepone el desarrollo agrario al industrial, aunque hay un giro sutil, bajo un renovado marco teórico de corte marxista y en un lenguaje claramente académico.

Durante la década de 1970 la matriz estructuralista comienza a ser marcada por la idea de la “crisis hegemónica”. Esta se revela como la imagen de un país que siguió su curso histórico particular debido a la carencia de una clase social capaz de dominar la sociedad entera y someterla a su dirección. En términos gramscianos esto implicaba la necesidad de que una clase domine el Estado y que desde él

---

<sup>12</sup> La clave para el autor pasa por diferenciar entre crecimiento industrial (criterio cuantitativo) e industrialización, que implica un cambio cualitativo en la estructura económica y social. Así, predomina la idea de que si no hay revolución industrial, si no hay una ruptura, no hay posibilidad de dejar atrás la vieja sociedad que impide el desarrollo. Peña sostiene que industrialización no sólo significa un incremento de la composición orgánica del capital, una mayor productividad, un entramado denso de industrias productoras de bienes de capital y la tecnificación del sector agropecuario; implica, sobre todo, una transformación de la estructura social, y en especial una transformación de las relaciones de propiedad.

aplique mecanismos para el logro del consenso y la coerción en torno a un modelo de desarrollo capitalista.

Desde una perspectiva de lucha de clases en clave gramsciana, Murmis y Portantiero (2004)<sup>13</sup> dan un giro importante a la conceptualización sobre la relación actores-desarrollo que tendrá profundas consecuencias para esta matriz. Su argumento es que el problema no resuelto del país es una lucha inconclusa por la hegemonía. Con el concepto de “crisis hegemónica” se hace referencia a la incapacidad de las clases propietarias, o fracciones de ella, para: 1) poder establecer un nuevo sistema de dominación aceptado por el resto de los actores sociales, 2) asegurar la capacidad de dicho sistema de auto reproducirse y 3) de, llegado el caso, disciplinar el resto de los actores sociales.

Estos autores privilegiaron un análisis sociocéntrico: dar cuenta de “las orientaciones de los sujetos y los procesos políticos de construcción de hegemonía” en base a las consecuencias sociopolíticas de la industrialización desde 1930. Por un lado, criticaron los “estereotipos teóricos” previos que llevaban a identificar a los terratenientes con el modelo agroexportador y a los industriales con un modelo industrial moderno.

Por otro lado, afirmaron que luego de 1930 hay una modificación parcial del modelo de acumulación: una industrialización sin revolución o ISI promovida por el Estado. Ello fue promovido por la anterior clase hegemónica, la fracción privilegiada de los ganaderos pampeanos (los “invernadores”), que eran la principal fracción de clase dentro de la nueva alianza. A fin de lograr la continuidad del modelo, dicha fracción generó modificaciones parciales al mismo, incorporando por primera vez a los intereses de los industriales, pero claramente sin una estrategia de industrialización<sup>14</sup>. Ello da lugar a una industrialización incompleta y débil.

Así, los autores ven que el principal obstáculo al desarrollo industrial es la persistencia de los intereses hegemónicos de los grandes propietarios rurales: “La posibilidad de los cambios está manejada por los intereses de los hacendados más poderosos, de modo que serán estos intereses los que marcarán los límites del proyecto, las fronteras que no puede trasponer: no habiéndose roto la dependencia radical de los centros externos, *el comercio exterior sigue siendo la principal fuente de acumulación y las posibilidades de crecimiento del sistema se miden en los términos fijados por él*, y por las clases que de él obtenían sus rentas” (2004: 100, subrayado propio).

Como se puede ver, el Estado es visto como un instrumento que aplica las políticas económicas que viabilizan la nueva alianza hegemónica. Así, el peronismo surge como una respuesta, una variable dependiente de ese contexto estructural: su singularidad pasa porque se da cuando el ciclo de la ISI ya está casi completo, además expresa las reivindicaciones acumuladas del movimiento obrero y es el proyecto económico de la fracción industrial menos poderosa.

Partiendo del mismo enfoque sociocéntrico, Peralta Ramos (2007)<sup>15</sup> observa el accionar de las clases, fracciones y alianzas de clase (o bloques sociales) y privilegia el análisis de sus conflicto, que asume la forma casi exclusiva de lucha en torno al excedente económico. En este sentido, sostiene que la crisis de 1930

---

<sup>13</sup> El original es de 1971, aunque las investigaciones que dieron lugar a esa publicación son de fines de los ‘60.

<sup>14</sup> El “nuevo bloque de poder” queda conformado por “el sector ganadero más privilegiado” (los invernadores, que proveen las divisas), los industriales concentrados (que equilibra la estructura económica y provee los productos que ya no se pueden importar), el sector financiero (que media las inversiones entre agro e industria) y Gran Bretaña (que se preserva como principal mercado de exportación a través del Pacto Roca-Runciman).

<sup>15</sup> Esta obra sintetiza y actualiza los trabajos previos de la autora, escritos principalmente en 1972 y 1978.

representa un quiebre, un “hito” estructural, que define una nueva era de conflictos: al interior de la elite (agropecuaria, industrial y financiera) y entre la elite y el sector popular.

Dado este contexto y los rasgos políticos básicos de la sociedad argentina, afirma que luego de 1930 se genera una lógica de enfrentamiento entre las clases en torno a la definición de un modelo de desarrollo acorde a sus propios intereses objetivos. Por ello, el peronismo representa otro “hito” fundamental, pero de corte político, que definió el conflicto como enfrentamiento entre “bloques de clase”: “Entre 1946 y 1955, se produjo una confrontación antagónica entre dos bloques de clase, expresada en términos de dos modelos de desarrollo. Por un lado, los segmentos más poderosos de la burguesía demandaron un retorno al modelo de desarrollo industrial limitado y a un estricto control de las demandas populares. Por el otro lado, el gobierno peronista buscó acelerar el desarrollo de la industria nacional a través de una redistribución de ingresos hacia los sectores populares y de transferencias de ingresos desde la fracción agropecuaria de la burguesía hacia la industrial” (2007: 54-55).

Desde otro tipo de abordaje, más netamente económico, autores marxistas analizaron la estructura económica argentina y sus dificultades para encontrar una senda sostenida de desarrollo, buscando en la segunda fase de la ISI, luego de 1950. No obstante, en la explicación del subdesarrollo y la dependencia argentina, se destaca la persistencia del comportamiento de la elite económica.

Luego de analizar los detalles de la evolución económica argentina y su estructura básicamente monopólica, Braun llega a la conclusión de que el lento crecimiento pasa por el estancamiento de las exportaciones (1973: 23). Pero dicho estancamiento se explicaría por la dependencia respecto de los centros industriales y el rol de las burguesías locales: “el desarrollo de las fuerzas productivas seguirá frenado, y (...) este freno debe ubicarse en última instancia en la relación en que se encuentra la Argentina con los países altamente industrializados. La presión de los centros imperialistas, y la imposibilidad en que se encuentra la burguesía local de llevar a cabo un proceso de desarrollo autónomo, mantendrán al país en una situación de estancamiento relativo” (1973: 37-38).

Sin embargo, esto no impide el crecimiento *per se*, sino tan solo uno menor al potencial. En última instancia, el problema es político: “En definitiva, lo que nos ofrece el proyecto actual de la burguesía dependiente actualmente en el poder, puede resumirse en: estancamiento relativo, desarrollo distorsionado, desempleo permanente o creciente, y creciente subordinación del capital extranjero” (1973: 39).

El problema de la relación entre los actores sociales y el desarrollo argentino también recibió un aporte novedoso por parte de Diamand (1973), que, si bien comparte en sus rasgos generales los efectos negativos que tuvo la alianza “antiindustrial”, compuesta por los intereses ligados al sector primario y financiero, lleva el análisis al plano de cómo las percepciones de los distintos actores sociales influyeron en la toma de decisiones sobre instrumentos de política económica. Esto habría dado lugar a una acumulación de errores que llevaron a que no se pudiera resolver los problemas del desarrollo de una economía como la argentina. Su tesis es que las anteojeras ideológicas, tanto marxistas como liberales, no permitieron desarrollar pautas de intervención económica capaces de resolver los problemas derivados de una industrialización tardía y dependiente; todo lo cual dio lugar, progresivamente, a una “estructura productiva desequilibrada”.

En esta perspectiva, la obstaculización en la industrialización “se debe a la alianza establecida entre la ortodoxia internacional y los sectores exportadores tradicionales

y financieros locales” (1973: 391). Sin embargo, al contrario que el grueso de los enfoques marxistas, como Peralta Ramos (2007) o Braun (1973), afirma que la oposición a la industrialización de esta alianza no se debe tanto a la pérdida de sus ingresos, sino que “el carácter violento de la oposición a la industrialización que suele desplegar el sector exportador tradicional... (se debe a que) el sector hegemónico, con un poder y un status hasta el momento indiscutidos en la sociedad, se resiste a compartirlos con inmigrantes advenedizos, transformados en empresarios industriales o, peor todavía, con dirigentes sindicales. Tampoco quiere la integración social. En suma, se defiende ante la amenaza que para su modo tradicional de vida ve en la industrialización” (1973: 391-392). En su oposición, encuentra como aliado “natural” al sector financiero, cuyo “modo de vida” está ligado a la libre vinculación (económica y financiera sobre todo) con el exterior.

Así, quedan enfrentadas dos alianzas sociales en torno al modo de desarrollo deseable para el país: por un lado la alianza antiindustrial (sector primario exportador, sector financiero y aliados internacionales)<sup>16</sup> y, por otro lado, la alianza industrial (empresarios industriales y trabajadores), aunque ésta última reconozca fuertes divergencias en su interior. En este contexto sociopolítico cada actor defiende sus propios intereses en contra de los demás: el terrateniente defiende su renta por exportaciones, los industriales el precio de sus productos, los asalariados los sueldos y los financistas sus vínculos con el sistema financiero internacional.

Dicho enfrentamiento explica la imposibilidad de tomar medidas racionales para la resolución de los problemas derivados de la industrialización. Pero en última instancia, la clave es la adopción acrítica de modelos ideológicos a la medida de intereses antinacionales, imperialistas. El problema, en definitiva, es que el sector dirigente argentino ha quedado “a merced de los mitos que determinan su actitud frente a los problemas económicos (...). Todos estos estereotipos forman parte del acervo cultural de la clase dirigente argentina... (Pero) la gran mayoría de esta clase dirigente ni siquiera se da cuenta de las verdaderas implicaciones de sus ideas” (1973: 412).

El concepto de “crisis hegemónica” también estuvo presente en aquellos autores que pensaron en los avatares del desarrollo industrial argentino y su condicionamiento por parte de los actores rurales. En particular, dos autores, Sábato y Schvarzer, ejercieron una profunda influencia en este campo de estudio y realizaron un balance y una síntesis de los distintos aportes de la matriz estructuralista, generando un “refinamiento” de la imagen de la crisis hegemónica. En parte, ello se debe a nuevas investigaciones empíricas en el marco del debate con autores que partían de supuestos neoclásicos<sup>17</sup> y novedosas integraciones teóricas. No obstante, el núcleo básico permanece estable: el fracaso del desarrollo argentino consiste en la falta de una clase o grupo social que dirija hasta sus últimas consecuencias el proceso de desarrollo y que pueda superar aquellos intereses que lo retrasan, en especial los de su elite económica.

---

<sup>16</sup> Vale aclarar que para Diamand los industriales apoyan las políticas de “desnacionalización industrial” (1973: 410). En realidad la mayoría de los industriales no tienen “ninguna vinculación ni con el agro ni con los intereses extranjeros”; la defensa del liberalismo ortodoxo a ultranza se da más bien por su adhesión contranatura, irracional y autodestructiva por el dogma neoclásico: “la mayor parte del sector industrial (...) actúa como una permanente quinta columna contra sus propios intereses” (1937: 411). Al contrario que Sábato y Schvarzer, como veremos, señala que “estas posturas antiindustriales no se entienden a la luz de las explicaciones habituales en términos de la influencia de intereses creados”. En cambio, se entienden mejor teniendo en cuenta que “la interpretación de los fenómenos económicos no se hace por una vía racional, mediante esquemas completos, sino por medio de estereotipos que despiertan la adhesión en virtud de mecanismos que recurren a la fe” (1973: 411).

<sup>17</sup> Autores como Gallo (1998), Díaz Alejandro (1975), Lewis (1998) y Cortés Conde (1998a y b) entre otros.

Sábato (1988)<sup>18</sup> busca encontrar las claves de la historia económica argentina y su dificultad para trazar una senda sostenida de desarrollo en la conformación de su “clase dominante”<sup>19</sup>. Pero este autor, y ahí reside su riqueza y complejidad, se aleja de las visiones más sociocéntricas al establecer conceptos que vinculan bidireccionalmente actores y estructura económica: la clase dominante adquiere sus rasgos en función del derrotero económico particular que asumió el país, y, a su vez, el modo de desarrollo se configura a partir de la actuación de la clase dominante. El argumento básico de este autor es que las características de la clase dominante se trasladan a la estructura económica y al comportamiento del conjunto de las clases empresarias. Ello explicaría el derrotero económico francamente declinante del país.

En primer lugar, Sábato, en contra de toda la tradición anterior, pero en conexión con los trabajos de Dorman (1970 y 1983) y Peña (1974 y 1986), busca desmentir que la elite económica haya sido fundamental y exclusivamente terrateniente-ganadera. Más bien se trata de una clase dominante cuyos orígenes están en el comercio y las finanzas (período 1810-1850 aproximadamente) y que posteriormente (1850-1880), a medida que la rentabilidad relativa de los negocios lo incentivó, incorporó otras actividades: las rurales, entre otras. Pero en todo caso, terminó siendo una clase sumamente concentrada y con múltiples intereses (rurales, comerciales, financieros e industriales)<sup>20</sup>.

En segundo lugar, el comportamiento de esta clase dominante se deriva de la combinación de sus propias características (por ejemplo su homogeneidad y conciencia de sí misma) en interacción con el contexto particular por el que pasa una economía dependiente agroexportadora como la argentina. La inestabilidad de los mercados a los cuales vuelcan su producción produce un rasgo particular que hereda toda la clase dominante: su flexibilidad, que implica un comportamiento especulativo, por el cual pasa de una actividad a otra buscando la maximización de la ganancia con el menor riesgo posible, es decir, con la menor inversión posible.

En tercer lugar, y ésta es la clave a nuestro entender, Sábato se centra en las consecuencias que este comportamiento y estas características de la clase dominante y el contexto sobre el que operan, tienen para el conjunto de la economía, y aún para la sociedad y la política. Argumenta, que el principal problema en cuanto al desarrollo económico fue la falta de especialización productiva y de capitalización. Esto último debido a la baja inversión fija y habida cuenta del comportamiento especulativo que llevó a una determinada manera de emplear el excedente económico. Dadas las condiciones cambiantes del mercado, las actividades que convenían eran aquellas “que no ataran al productor a una excesiva

---

<sup>18</sup> Los trabajos de investigación que dieron lugar a esta publicación fueron realizados durante los '70, en un contexto de alta conflictividad política e inestabilidad económica, y en donde se destacaba el comportamiento especulativo de los grupos económicos.

<sup>19</sup> Si bien Sábato no define explícitamente lo que entiende por “clase dominante”, con dicho término se refiere a la cúspide de la elite económica, su sector más concentrado, es decir las grandes familias que controlaban el comercio, las finanzas y el agro entre 1880 y 1930.

<sup>20</sup> La clave es que su carácter no se deriva del tipo de actividad rural que desarrolla sino de su constitución como “clase” social privilegiada –que en todo caso reconoce un origen fundamentalmente comercial y financiero– posición a partir de la cual está en condiciones para controlar el proceso económico y político. Debido a que es dominante, y a las características fluctuantes de la economía argentina, logra una implantación multisectorial. Debido a que es dominante logra monopolizar las actividades más rentables y generar ganancias extraordinarias, generalmente en sociedad con intereses extranjeros (británicos), que son los que poseen el capital. Finalmente, esta clase se consolida a sí misma y se vuelve dominante en la medida en que logra un control del Estado e incorpora en su seno a la clase política, de la cual obtiene favores, privilegios e información para reproducirse a sí misma.

especialización”, ello explica “la preferencia por aumentar la proporción de capital líquido, o semilíquido” (1988: 120-121). Es decir, la condición fluctuante del mercado “favorece la incorporación de tecnologías que permiten aumentar la productividad sin requerir mayores dotaciones de capital fijo” (123). Por ello, el activo privilegiado de esta clase es el capital líquido<sup>21</sup>.

Habida cuenta del concepto de desarrollo que el autor maneja, todo este proceso lleva a una pobre performance económica en el largo plazo: “Al privilegiarse la disponibilidad de capital líquido sobre el capital fijo *lo producido en el pasado se canaliza sólo en pequeña medida bajo su forma productiva y amputa su papel como multiplicador de la capacidad de producción presente*; el desarrollo de la capacidad productiva de una sociedad se retarda y la organización capitalista no alcanza a crecer en profundidad. Obviamente, esto significa hacer depender fuertemente la dinámica de todo el sistema de impulsos externos, vinculando su suerte a la de ellos. La economía así construida es susceptible de potenciar –mucho más que si existieran rigideces– las coyunturas favorables y atenuar las desfavorables. Pero, eso sí, al elevado precio de sacrificar su capacidad para desarrollarse autónomamente” (1988: 142, subrayado en el original).

Ahora bien, como la idea es que los enfrentamientos entre la burguesía estimulan el desarrollo capitalista (especialización de una fracción de la burguesía en una actividad, generalmente en competencia con otras fracciones burguesas), afirma que la imposibilidad de que se genere una ruptura dentro de la muy-homogénea-burguesía-argentina, es lo que hace que se acumulen los problemas sin resolver sus causas. “Al dislocamiento entre los clivajes básicos de conflicto económico y de conflicto social se agrega el hecho de que toda una serie de contradicciones económicas y sociales desencadenadas por el funcionamiento de la economía no llegaban a acumularse entre sí y a forzar, de este modo, alguna solución más definitiva, ya sea en términos de desarrollo capitalista o de una revolución que cambiara las estructuras sociales vigentes” (1988: 156).

Como vemos, la idea de la ruptura social como precondition para el desarrollo adquiere un nuevo giro: la posibilidad de generar un modo de desarrollo sostenible y autónomo dependía de una ruptura tal que permitiese un recambio hegemónico, pues con la clase dominante argentina se hacía imposible cualquier forma de transformación económica endógena.

Por último, Sábato destaca la dependencia que adquirió la clase dominante del Estado para poder reproducirse a sí misma. La dependencia del Estado, volvió a la clase dominante vulnerable: “Al respaldarse excesivamente sobre la actividad estatal, tanto por la potencia instrumental de las instituciones públicas como por la confianza en su dominio político, la clase dominante se hacía dependiente del Estado. Lo que el Estado podía hacer la favorecía enormemente, pero, si dejaba de hacerlo o se perdía el control político, la vulnerabilidad de la relación creada quedaría al descubierto” (1988: 168).

Schvarzer (1996 y 1998) partiendo del mismo concepto de Sábato en cuanto al rol de la conformación de la clase dominante, se centra en el estudio del desarrollo industrial. Así, afirma que la debilidad de la industrialización argentina pasa por la ausencia de una burguesía empresarial dinámica que aplique un verdadero plan

---

<sup>21</sup> Sábato incluye en “capital líquido” también al ganado de invernada, pues puede ser acumulado y liquidado con notable rapidez y facilidad habida cuenta de que los invernadores, sector concentrado y privilegiado de los ganaderos debido a sus vinculaciones y acceso a los frigoríficos, tenían sus existencias en las cercanías del puerto.

industrial racional de desarrollo. El aporte distintivo de este autor pasa por la jerarquización del cambio técnico como base del desarrollo.

La clave para este autor pasa por el predominio de comportamientos de tipo rentístico, entroncados en una elite económica que inhibió la posibilidad de una transformación estructural endógena basada en el cambio técnico. En lugar de ello, la indolencia y desidia presidieron actitudes rutinarias y conformistas que se explican por la creencia ciega en que la bonanza económica basada en las actividades agropecuarias del período 1880-1930 no acabaría nunca. La continuidad en el tiempo de este tipo de comportamientos se explica, al igual que Sábato, por las características que asumió la conformación de la clase dominante y sus consecuencias sobre el conjunto de la elite económica y el modo de desarrollo.

Este autor parte de un concepto de desarrollo que implica necesariamente una ruptura respecto al modo agroexportador tradicional, pero no tanto debido a su carácter agrario (aunque la define como una actividad meramente “extractiva”; Schvarzer, 1998) como a la incapacidad para asimilar el cambio técnico. Desde este punto de partida, diferencia lo que es crecimiento industrial de un sistema industrial integrado, que implica transformación endógena, algo que va mucho más allá de “una serie de talleres aislados”. En este punto coinciden Peña, Sábato y Schvarzer.

Así, plantea que la imposibilidad de generar un sistema económico integrado se debió a que ni la elite política ni económica (ni la clase dominante ni el Estado) articularon un modelo de desarrollo que apueste al cambio técnico y a la expansión fabril, ni previeron las consecuencias negativas del tipo de desarrollo del modelo agroexportador. En lugar de ello, afirma que la unión de la elite económica en una única clase dominante (terratenientes, financistas e industriales en alianza con la potencia dominante, Gran Bretaña), que implementó una estrategia de desarrollo limitada a la satisfacción de sus propios intereses, promovió un crecimiento que en última instancia dependió más de la fertilidad de la pampa que del ingenio y esfuerzo humano. En este proceso, el Estado quedó como rehén de los intereses creados.

Como se ve, la clave está en que las elites no pudieron, ni quisieron, superar el legado del período 1880-1930 a través de una industrialización racional basada en el progreso técnico. La situación tampoco cambia con posterioridad a esa fecha. En este sentido el peronismo fue un movimiento que tampoco se propuso cambiar la lógica económica ni transformar estructuralmente la economía, y siguió una pauta indolente y desidiosa de intervención económica estatal, más signada por criterios políticos que racional-técnicos.

Dentro de la línea que relaciona el desarrollo con el cambio tecnológico y con el comportamiento de ciertos actores económicos centrales, Notcheff (1994) atribuye el largo sendero del estancamiento económico argentino a las relaciones perversas entre el Estado y las elites económicas, enfatizando la importancia de sus relaciones estructurales. En este sentido, destaca dos rasgos de dicha elite: la sistemática búsqueda de cuasi-rentas de privilegio (logradas a partir de sus relaciones con el Estado) y la adaptación a ventajas generadas en el contexto externo.

Estos serían los principales elementos que explicarían el “fracaso” argentino: un comportamiento económico empresario no innovador que no está limitado por un Estado que sea capaz de forzar a los empresarios a “opciones más duras” de cambio tecnológico. En sus palabras: “La causa fundamental de la persistencia de la economía de adaptación o, en otras palabras, la ausencia de senderos sostenidos de desarrollo, habría sido el comportamiento de la elite económica entendida como – en cada período– el conjunto de empresarios individuales o de organizaciones empresarias de mayor peso económico y político, que moldean el sendero del resto

de los agentes económicos. (...) Esta elite económica habría logrado adoptar en cada período las ‘opciones blandas’ en términos de sus propios esfuerzos de innovación y de inversión, y también en términos de cambio social, lo cual implica (...) las opciones menos convenientes o más perjudiciales para el bienestar del resto de la sociedad” (1994: 39-40).

Otro autor que hace un aporte relevante para entender la relación entre actores socioeconómicos y desarrollo es Basualdo (2007), quien busca explicar el comportamiento de las distintas fracciones empresarias en torno a la ISI. Al igual que Peralta Ramos (2007) y Diamand (1973), entre otros, se centra en el análisis de dos grandes bloques sociales: por un lado, la empresas extranjeras y la “oligarquía diversificada” (que se asimila a la “clase dominante” de Sábato, ya que lo describe como “un sector de la oligarquía local con intereses en la industria, el agro y otras actividades económicas”, 2006: 31)<sup>22</sup>; y, por otro lado, lo que O’Donell (1977) llamó “alianza defensiva”, que comprende la fracción de la burguesía nacional, mayormente volcada al mercado interno, la clase trabajadora y los sectores populares en general.

Para Basualdo el gobierno peronista fue clave ya que “catalizó” la conformación y confrontación de esos bloques sociales, que luego se enfrentarían durante la ISI. Esto debido a tres cuestiones: 1) generó resentimiento de los terratenientes; 2) impulsó la expansión de empresas nacionales que disputaron a las otras el control de la producción (que antes se hacía en forma oligopólica en beneficio de la “oligarquía diversificada”); 3) formó la burguesía nacional: atada al salario y al mercado interno. En este contexto, las distintas iniciativas políticas son funcionales y dependientes de los distintos bloques sociales y/o clases y fracciones de clase. La política económica pasa a ser un instrumento en función del posicionamiento y enfrentamiento políticos de dichos actores.

Entonces, según este autor, la imposibilidad de avanzar en la conformación de un sistema industrial integrado se explica por la dificultad o imposibilidad que hubo en disciplinar al sector económico concentrado, es decir, la oligarquía diversificada aliada al capital extranjero. Esta habría sido el gran error de un gobierno como el peronismo, que si bien amenazó dicho bloque social, no avanzó lo suficiente como para poner y disponer del capital de esos actores al servicio del propio proyecto industrial que el peronismo encarnaba. Por ello, al igual que Peralta Ramos (2007), afirma que el peronismo, si bien logró doblegar a sectores de la economía agroexportadora, por ejemplo a través de organismos como el IAPI, “fue doblegado por las fracciones del capital que conducían la actividad dinámica promovida” es decir, la fracción industrial de la oligarquía diversificada (2006: 52).

Así, el principio del fin del peronismo fue “cuando la rentabilidad obtenida por las fracciones industriales dominantes empezó a descender”, es decir, disminuir respecto a la época de oro. A partir de allí, “llevaron a cabo una ofensiva político ideológica y económica para instalar socialmente la convicción de que el problema radicaba en los excesivos gastos estatales, y en el elevado nivel de los salarios”. Dicha ofensiva culminaría en 1955. El saldo final es un fortalecimiento de la industria, “pero trunca como eje del proceso económico”. En cuanto al aspecto sociopolítico, este período lega el enfrentamiento entre las 3 fracciones del capital industrial (extranjero, la fracción industrial de la “oligarquía diversificada” y la burguesía industrial nacional), que será clave en la dinámica posterior de la ISI.

---

<sup>22</sup> Según Basualdo, el núcleo de la “oligarquía diversificada” es la oligarquía rural pampeana, y a ella se suman: capitales extranjeros llegados en la temprana internacionalización, sectores dominantes extra pampeanos, y actores ligados a capitales extranjeros de carácter financiero.

## Conclusiones

En este trabajo se ha visto la manera en que determinados autores, englobados bajo lo que llamamos “matriz estructuralista”, han analizado el derrotero del (sub)desarrollo argentino. Para dar cuenta de ello, se puso de relieve el papel que habrían cumplido los actores socioeconómicos. La hipótesis es que esto permite entender cabalmente las distintas caracterizaciones e imágenes formuladas por los autores, en especial su dimensión política.

Se puede decir que la matriz estructuralista nace y se desarrolla a partir de la crítica a los actores sociales dominantes (identificados en su mayoría con los terratenientes) y su rol en el despliegue del modelo de desarrollo agroexportador. Ello habría hecho imposible lograr un desarrollo pleno, en tanto dicho modelo quedaba atado a los estrechos intereses de los poderosos e impedía estructuralmente una evolución autónoma y sostenible de la industria. La generación de capacidades endógenas, y no el mero aprovechamiento de oportunidades externas, también es un punto relevante apuntado por algunos autores. Basando su poder sobre la concentración de grandes extensiones de tierra, los sectores terratenientes habrían estado en condiciones no sólo de someter la economía nacional a sus intereses sino además controlar todo el proceso económico, político, social y cultural. Su hegemonía habría impedido aprovechar las oportunidades y relegado al país a una posición dependiente y atrasada.

Se puede observar como, más allá de los aportes específicos de cada autor, la perspectiva estructuralista tiende a abonar una visión en donde la frustración del desarrollo argentino se explicaría por la incapacidad del Estado y/o de los grupos industriales de imponer una estrategia coherente de desarrollo que pueda alcanzar de manera óptima los objetivos de la industrialización. En este sentido, la existencia de actores contrarios a la industrialización en sí o a un tipo de industrialización no acorde con sus preferencias se vuelve un tema tan crucial como recurrente para explicar el subdesarrollo de la industria argentina y su virtual desmembramiento a partir de mediados de la década de 1970.

Como se ha podido ver, la mayoría de los autores de esta matriz, a pesar de sus diferencias, comparten en mayor o menor grado, que la condición para superar el estado de cosas presente (el subdesarrollo dependiente) es que haya una *ruptura*, en términos de conflicto, con el sistema socioeconómico y político que impide tomar las decisiones necesarias para superar el retraso.

También comparten una visión un tanto sociocéntrica del proceso histórico, esquemáticamente: del control de una mercancía clave en la economía, se deriva el poder económico y gracias a ello se obtiene el poder político. Desde esta perspectiva, el Estado y las políticas que éste implementa, tienen poca autonomía y no son más que el instrumento de dominación de una clase o de una alianza de clase en su búsqueda de mantener y ampliar su poder. Los problemas políticos son siempre derivados de tensiones en última instancia económicas.

En muchos casos se explica la inestabilidad económica y política cuando los propietarios ven amenazada su tasa de ganancia, entonces se precipitan cambios estructurales a nivel económico y/o político: 1930, 1955, 1966, 1976. Conectada con esta idea, prevalece la concepción que vincula las crisis recurrentes con la posición de poder de la elite económica. Es decir, como ante cada crisis económica se constata que los actores poderosos son los más favorecidos, se colige que fueron ellos los que la provocaron<sup>23</sup>. No obstante, podría pensarse una hipótesis alternativa:

---

<sup>23</sup> Véase la presentación de Schvarzer en el libro de Sábato (1988).

que ante una situación de crisis, generada por un cúmulo y una combinación compleja de factores, son los actores más poderosos los que están en condiciones de movilizar recursos para defenderse, trasladar los riesgos a otros y, eventualmente, ganar posiciones.

También se puede observar que, más allá de las posiciones individuales de cada autor que pueden diferir en mayor o menor medida, y, dadas las premisas teóricas, la argumentación y la caracterización de la naturaleza de los actores, el conflicto es considerado inevitable, la negociación casi imposible. Pareciera muchas veces que en función de esto es que se analiza la evidencia empírica. El proceso inverso consistiría en analizar la evolución del proceso histórico sin presuponer un punto de llegada predeterminado.

Así, por ejemplo, en gran parte de los trabajos, la vinculación entre la dimensión del comportamiento (y las características) de los actores, y la dimensión del Estado (y su política económica), se deriva de (pre)supuestos teóricos que en pocas ocasiones fueron (suficientemente) contrastados empíricamente. En parte, es por esto que Korol y Sabato (1997) sugieren que los distintos trabajos terminan teniendo un interés cuyo resultado se deriva más de la habilidad del autor para aprovechar las mismas informaciones. También afirman que las distintas conclusiones dependen más de la manera de organizar los argumentos que de la información en sí.

Es en este mismo sentido que Hilda Sabato (1987), refiriéndose a los estudios sobre el agro pampeano, llamaba la atención respecto de aquellas tradiciones cuyos análisis “se han visto oscurecidos por una tendencia a deducir comportamientos empresarios a partir de supuestos generales” (1987: 301). En este trabajo se sostiene que la misma observación puede ser válida para gran parte de los estudios sobre el desarrollo económico argentino en general.

De la misma manera, y esto es lo crucial desde nuestra perspectiva, también consideramos que aún no está explicado en forma satisfactoria, más allá de los supuestos teóricos sobre los que se basan, la relación que se establece entre, por un lado, el comportamiento de la elite económica y, por otro lado, el derrotero definitivo que adquirió el modo de desarrollo. Si bien está claro que un mayor poder da una mayor responsabilidad sobre los fenómenos históricos, ello está lejos de explicar el curso histórico definitivamente acaecido. Esto es válido aún para los trabajos de Sabato y Schvarzer, que a nuestro modesto entender, representan unos de los más articulados y sofisticados producidos hasta el momento.

Por otro lado, tal como destacan Korol y Sabato (1997), los autores comparten algo en común: una visión en cierta manera evolucionista por la que las sociedades van avanzando desde sus formaciones más primitivas y tradicionales, basadas en las actividades agropecuarias, hasta los estadios más complejos de desarrollo, caracterizado por la industrialización de las manufacturas. El caso argentino sería un caso “desviado”, de industrialización trunca, cuyo comportamiento debía ser explicado.

También se ha visto que gran parte de las críticas al modelo agroexportador por parte de la perspectiva estructuralista, fue morigerada en la medida que se prestó atención a los condicionantes contextuales, internos y externos, que limitaban la gama de alternativas posibles por parte de los actores, en especial los estatales. Así, para tomar un ejemplo, el caso de Sabato (1988) —cuya explicación acerca del comportamiento de la “clase dominante” argentina en relación al desarrollo del sistema capitalista pone de relieve el contexto en el que éstos operan y no solamente sus características intrínsecas— muestran en alguna medida que el

abanico de opciones que los actores manejaban en determinados contextos estructurales restringían sus comportamientos.

Si tomamos en cuenta estos aspectos, emerge otra “imagen” acerca del problema del desarrollo argentino, la cual pondría de relieve no solamente las características de los empresarios, sino también el contexto en el que éstos operan y que limitan la discrecionalidad de los actores. En cambio, se observa en muchos casos más interés por encontrar culpables históricos porque el país no alcanzó el lugar que tenía destinado como “gran potencia”, que en develar las causas y procesos del derrotero del desarrollo argentino. Por ejemplo, en lugar de entender las restricciones del contexto presentes en el período peronista, muchos autores se dedicaron a criticar dicha experiencia en tanto no se tomaron las medidas “correctas” que hubieran implicado aprovechar una “oportunidad única” para el desarrollo nacional<sup>24</sup>.

### Referencias Bibliográficas

- Bellini, C. (2006): “El Grupo Bunge y la política económica del primer peronismo, 1943-1952”, en *Latin American Research Review*, Vol. 41, N° 1.
- Braun, O. (1973): “Desarrollo del capital monopolista en la argentina”, en *El capitalismo argentino en crisis*, Braun, O. comp., Siglo XIX, Buenos Aires.
- Cortés Conde, R. (1998a): “La economía de exportación de Argentina, 1880-1920”, en Anuario IEHS, N° 13, Tandil, UNCPBA.
- Cortés Conde, R. (1998b): *Progreso y declinación de la economía argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Cúneo, D. (1967): *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, Pleamar, Buenos Aires.
- De Imaz, J. L. (1964): *Los que mandan*, Eudeba, Buenos Aires.
- Di Tella, G. y Zymelman M. (1967): *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, Eudeba.
- Diamand, M. (1973): *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia : economía para las estructuras productivas desequilibradas : caso argentino*, Buenos Aires : Paidós
- Díaz Alejandro, C. (1975): *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Amorrortu, Bs. As.
- Dorfman, A. (1970): *Historia de la Industria argentina*, Buenos Aires, Solar.
- Dorfman, A. (1983): *Cincuenta años de industrialización en la Argentina, 1930-1980*, Buenos Aires: Solar.
- Ferrer, A. (1963): *La economía argentina*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Fiszbein (2008): “Los modelos estructuralistas en Argentina: orígenes y desarrollo”, en *Actas de las XIII Jornadas de Epistemología de las Ciencias Económicas*, Universidad de Buenos Aires, Internet, Buenos Aires.
- Flichman, Guillermo (1977) “*La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino*”, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Fodor, J. (2009): “La política de exportación agrícola de Perón, 1946-1948: ¿dogmatismo o sentido común?”, en Rock, David (comp.), *Argentina en el siglo veinte. Economía y desarrollo desde la elite conservadora a Perón-Perón*, Lenguaje Claro, Bs. As.

---

<sup>24</sup> Al respecto, ver por ejemplo la crítica de Fodor (2009) a la visión de Díaz Alejandro.

- Fuchs, J. (1965): *Argentina, su desarrollo capitalista*, Cartago, Buenos Aires.
- Gallo (1998): “La expansión agraria y el desarrollo industrial en Argentina (1880-1930)”, en Anuario IEHS, N° 13, Tandil, UNCPBA.
- Korol, J. C. y Sabato, H. (1997): “La industrialización trunca: Una obsesión argentina”, en *Cuadernos del CISH*, año 2, Nro. 2-3.
- Laclau, Ernesto (1969) “*Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno*”, Revista latinoamericana de sociología, Vol. V, N° 2, Buenos Aires.
- Lebedinsky, M. (1967): *Estructura de la ganadería*, Quipo, Buenos Aires.
- Lewis, P. H. (1993): *La crisis del capitalismo argentino*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Murmis, M., Portantiero, J. C. (2004): *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Bs. As.
- Notcheff, H. (1994): “Los senderos perdidos del desarrollo. Elite económica y restricciones al desarrollo en la Argentina”, en Aspiazu, D. y Notcheff, H., *El desarrollo ausente. Restricciones al desarrollo, neoconservadurismo y elite económica en la Argentina. Ensayos de Economía Política*. FLACSO, Bs. As.
- Ortiz, R. (1974): *Historia económica de la Argentina*, Plus Ultra, Bs. As. (primera edición 1955).
- Peña, M. (1974): “Industria, burguesía industrial y liberación nacional”, *Editorial Fichas*.
- Peña, M. (1986): *Industrialización y clases sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- Rocchi, F. (1998): “El imperio del pragmatismo: intereses, ideas e imágenes en la política industrial del orden conservador”, en *Anuario IEHS*, Nro 13.
- Sábato, J.F. (1988): *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*, CISEA, Bs. As.
- Schvarzer, J. (1996): *La industria que supimos conseguir. Una historia político-social de la industria argentina*, Planeta, Bs. As.
- Schvarzer, J. (1998): “Nuevas perspectivas sobre el origen de la desarrollo industrial argentino (1880-1930)”, en *Anuario IEHS*, Nro 13.
- Schvarzer, J. (2001): “Terratenientes, industriales y clase dominante en el ya antiguo debate sobre el desarrollo argentino”, en *Desarrollo Económico*, vol. 41, N° 161.
- Sowter, L. (2010): “Perspectivas sobre el ‘truncado’ desarrollo argentino a la luz de las relaciones entre el Estado y los actores socioeconómicos”, en *Actas del Simpósio: Itinerarios del pensamiento económico en América Latina: del desarrollismo al neoliberalismo*, en las *II Ciencias, tecnologías y humanidades. Diálogo entre las disciplinas del conocimiento. Mirando al futuro de América Latina y el Caribe. Hacia una Internacional del Conocimiento*, Universidad de Santiago de Chile, Chile, del 29/10 al 1/11/2010.
- Villanueva, J. (1972): “El origen de la industrialización argentina”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 12, N° 47.